

---

# La teología en la universidad\*

---

*Gerardo Arango Puerta, S.J.\*\**

---

## I. INTRODUCCIÓN

La celebración solemne del vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Carrera de Teología y del Departamento de Ciencias Religiosas en la Universidad Iberoamericana, explica mi presencia en este acto y mis palabras como Rector de la universidad hermana que en Colombia comparte con ustedes, no sólo la tradición ignaciana y los ancestros de la educación de la Compañía de Jesús en la América Hispana, sino las realidades, tensiones y desafíos comunes a los países latinoamericanos.

Agradezco al Padre Rubén Murillo Díaz, S.J. el haberme confiado el discurso magisterial en la conmemoración que hoy nos congrega. A él, al señor Rector Carlos Vigil y a los demás directivos, y al claustro de la Universidad Iberoamericana nuestro saludo cordial y nuestro reconocimiento por la *tarea cultural* que han realizado por más de cinco décadas bajo el lema que distingue y engalana su escudo: “La verdad nos hará libres”.

Es indudablemente empinado y difícil de recorrer el camino hacia la verdad que señala el documento de la Filosofía Educativa de la Universidad Iberoamericana.

---

\* Discurso magisterial XXV aniversario de la Fundación de la Carrera de Teología y del Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Iberoamericana, México, D.F., 17 de abril de 1996

\*\* Rector, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá.

---

Y sin embargo, es a él al que me referiré durante mi intervención, a “las mil verdades particulares que se encierran en la interrogante realidad, propia del hombre y de su mundo”, porque lo que buscan, han buscado siempre, comunitariamente, maestros y alumnos en las universidades, es esa verdad de la que habla el lema de su universidad. Como dice Hernán Larraín, el alma, lo que anima a estos centros capaces de crear una auténtica cultura cristiana, es la búsqueda de esa verdad que nos libera.

El tema que se me ha pedido desarrollar es “La teología en la universidad”. Es tan amplio y sobre él se ha hablado tanto, que para poder decir algo significativo al respecto debemos delimitar lo que queremos pensar juntos, y comprender a qué nos referimos cuando hablamos de la teología en la universidad. Les propongo que empecemos, pues, con un breve recorrido histórico para tratar de ubicar la pregunta en su contexto real.

### **1. La medioeval: una universidad teocéntrica**

Partamos, pues, de una constatación histórica: tal vez no sea exacto decir que las universidades nacieron en el siglo XII “*ex sinu Ecclesiae*” (del seno de la Iglesia), como se sugirió en una redacción previa a la Constitución Apostólica “*Ex corde Ecclesiae*”; más bien deberíamos comenzar recordando un texto de Stephen d’Irsay, en el que asumiendo la forma de expresión típica de aquella época, afirma que:

“Podríamos decir que las universidades tuvieron una causa material, que fue el aumento del caudal del saber humano a lo largo del siglo XII, y una causa formal consistente en el desarrollo del espíritu de corporación, con el fin de defender los intereses comunes. El movimiento corporativo que da lugar a la formación de los gremios, cofradías o hansas de artesanos y mercaderes, al reunir a los intelectuales, hace que surjan las universidades. Estas dos causas, material y formal, se produjeron al mismo tiempo; y al darse una causa eficiente, la mayor parte de las veces un hecho casual -presencia de un gran maestro, lucha contra el cancelario de la escuela catedral, o alguna otra-, fueron surgiendo las distintas universidades, que apuntaban también hacia una causa final: la atracción de las profesiones indispensables para la sociedad y, en último término (en esos tiempos), el servicio de Dios y de la Iglesia”.

El final del texto es importante: la conjunción de la causa material (aumento de conocimientos) con la causa formal (el movimiento corporativo para defender sus intereses en la sociedad) y con una causa eficiente (influjo de un profesor,

---

dificultades políticas) concibieron la institución universitaria para un fin (causa final): la creación de las profesiones necesarias para la sociedad y, en ellas lo que se concebía central en tal sociedad, el servicio de Dios y de su Iglesia. En otras palabras, al surgir la comunidad universitaria en una sociedad teocéntrica y orientada a fortalecer los preámbulos de la fe, no podía no tener a la teología como base y fundamento del quehacer de esa “*Universitas Professorum ac Studentium*”.

En efecto, la universidad medioeval -y así permaneció prácticamente hasta el siglo XIX- estaba constituida por las Facultades de Teología, de Derecho (ante todo el Derecho Canónico), de Medicina y de Artes (encargada de las clases superiores de letras: el *trivium* y el *quadrivium*, y que resultó con el tiempo en una verdadera Facultad de Filosofía). La inclusión de la primera, la de teología, no obedecía a una elección entre otras posibilidades, sino que era la normal asunción del quehacer intelectual del momento. Durante varios siglos la Escolástica se dedicó con tesón y constancia al cultivo de aquel “*credo ut intellegam*” (creo para comprender) de Anselmo de Canterbury; en otras palabras, a la delimitación y comprensión racional de los datos emanados de la Sagrada Escritura y la tradición.

Su trabajo teológico, su hermenéutica propia, postulaba la necesidad de penetrar en los misterios creídos con la ayuda de la razón. Su contribución central a la vida de las incipientes universidades consistió, entonces, en la superación del argumento de autoridad para abrir el espacio propio a la especulación racional y reconocer en ésta una capacidad de conocer y de penetrar el misterio revelado. Indudablemente, no se daba todavía esa supervaloración de la razón, al estilo que se impondría en los siglos posteriores. Se trataba, apenas, de un comienzo fundado en los profundos cambios sociales de la época: la apertura de nuevas rutas comerciales, el florecimiento de las ciudades, el éxito de la reforma gregoriana, el contacto con otras culturas y mentalidades. Este simple aporte de la Escolástica organiza la teología como saber y trae grandes modificaciones, no sólo para ella misma, sino para las otras áreas del saber.

El elemento determinante del cambio que adujo la forma escolástica de la teología se produjo, al intentar utilizar el pensamiento filosófico de Aristóteles como categoría mental para comprender su objeto de conocimiento: esa mediación de un pensamiento no teológico, más aún, no cristiano, para entender el universo medioeval fue, sin lugar a dudas, la gran discusión intelectual del siglo XI al XIII y muy especialmente, el gran aporte de Tomás de Aquino al pensamiento occidental.

---

Fue así como la teología, en ese tipo de sociedad y en ese ambiente cultural, sentó sus reales en las universidades de la época: Bolonia, Padua, París, Oxford, Nápoles. Llegó a considerarse que ella era «la reina de las ciencias» y todo el cosmos intelectual se veía coronar en el conocimiento teológico como culmen del saber medioeval. Permítanme que haga aquí una referencia a la importancia que siglos más tarde daría Ignacio de Loyola a la Facultad de Teología, según lo que al respecto consignó en el capítulo 12 de la Cuarta Parte de las Constituciones:

“Como sea el fin de la Compañía y de los estudios ayudar a los próximos al conocimiento y amor divino y salvación de sus ánimas; siendo para esto el medio más propio la Facultad de Teología en esta se debe insistir principalmente en las Universidades de la Compañía”.

Pero ya los siglos XIV y XV fueron testigos de la decadencia del vigor escolástico y del surgimiento del nominalismo con el comienzo del interés por los estudios que llevarían al renacimiento: la historia, el arte, las expresiones de la Roma clásica y la época de oro del mundo heleno comenzaron a ocupar cada vez más la atención en los palacios de los príncipes y en las universidades. No llegaban a cuestionar la presencia de la teología en la universidad, pero sí obligaban a ésta a aceptar modificaciones y a contrastarse con los nuevos intereses culturales del momento.

La reforma protestante y las consecuentes reorganizaciones económicas y sobre todo las nuevas conciencias nacionales que se fueron formando, como consecuencia del principio “*cuius regio, eius et Religio*” (el que domina en una región impone su religión), comenzaron a originar diversas autoconcepciones de las universidades y a cuestionar en ellas la teología, no tanto como ciencia, sino como posicionamiento en las nuevas fronteras ideológicas: poco a poco van apareciendo las Facultades de Teología reformadas y se van formando los vínculos entre éstas y los príncipes que las protegían y las estimulaban. Casi simultáneamente hace su irrupción en la cultura occidental la ciencia experimental que abre a las universidades todo un horizonte inesperado.

Es así como en el siglo XVIII, sin haberlo pretendido la teología, su presencia empezó a ser estorbosa en la universidad y su lugar de privilegio comenzó a ser ocupado por la filosofía o por las ciencias profanas. Todo ese malestar se expresó abiertamente en el siglo XIX en obras como la de Immanuel Kant: “La contienda entre las Facultades de Filosofía y de Teología” (1798) o, todavía más explícito, en su discípulo Fichte, quien puso en tela de juicio la relación de la teología con la ciencia y con la universidad, pues su carácter de conocimiento de misterios no

---

completamente adquiridos por los procesos mentales, no podían ser considerados como ciencia, a no ser que la teología renunciara al conocimiento de los misterios de fe.

Los modelos universitarios de ese siglo adoptaron diversas posturas con respecto a la teología en la universidad: subsistió en algunas instituciones por fuerza de la tradición (Alemania e Inglaterra y, a través de éstas, en algunas de las universidades creadas por los colonos norteamericanos de los siglos XVI y XVII, las *colonial schools*), y fue suprimida o relegada a los seminarios conciliares desde la época de la revolución francesa en las universidades de origen latino.

Es este, pues, un primer contexto histórico para ubicar nuestra pregunta: ¿qué hace la teología en la universidad?, ¿es un relictos del pasado, una reliquia del medioevo en el mundo de la Ilustración, del racionalismo, de la ciencia natural?, ¿cuál es la relación entre esa teología y la misión de una universidad surgida o reorientada después de las revoluciones y puesta al servicio del imperio (piensen en los modelos napoleónicos) o de los estados regidos y transformados desde los gobiernos?, ¿qué utilidad tiene para la formación de los estudiantes que deben prepararse para ejercer sus profesiones en una sociedad industrial, los conocimientos que puede ofrecer una Facultad o Escuela de Teología?

Estas y muchas otras preguntas semejantes podrían darnos pie para una buena elaboración del tema “La teología en la universidad”. Pero hay, creo yo, una manera más específica, más ubicada y más real de presentarnos la misma pregunta y que puede llevarnos en el marco de esta celebración a temas más de fondo y a cuestionamientos que nos atañen en forma más personal. Permítanme que ubique históricamente este otro contexto en forma muy breve.

## **2. Surgimiento de la universidad católica**

Las circunstancias políticas y sociales de la Francia del siglo XIX, sus luchas religiosas, y al mismo tiempo la larga tradición cristiana en muchos ciudadanos explican que naciera allí, en medio de hondas polémicas, nunca totalmente superadas, el concepto moderno de universidad católica como institución. Y en seguimiento de ese concepto, la creación de nuevas universidades o el restablecimiento de las que habían sido fundadas en siglos anteriores por la Iglesia: Lovaina, 1833; Georgetown, 1789; Notre Dame, 1842; Laval, 1852; Saint Louis Missouri, 1887; la Catholic University de Washington, 1889; y en otros sectores del mundo, la Católica de Chile, 1888 o la de San José en Beyrouth, Siria, 1831.

---

Estas universidades creadas por la Iglesia Católica o por otras confesiones cristianas o aquellas otras de origen muy anterior, pero restablecidas por la Iglesia o por las órdenes religiosas, plantean la misma cuestión de “La teología en la universidad” en una forma peculiar y propia.

No se trata aquí, aunque esté implicado en nuestro tema, de la cuestión de si es posible y cómo una universidad que siendo tal, es decir, autónoma, libre, abierta, no condicionada, que promueva la discusión libre de ideas, pueda ser también católica, confesional, etc. La última Congregación General de la Compañía de Jesús, sin resolver las aporías, vuelve a afirmarlo como hecho histórico y como misión histórica; “que sean universidades y que sean jesuíticas”. La cuestión, por tanto, es de facto: en este tipo de universidades que se llaman a sí mismas católicas o de inspiración católica ¿tiene lugar y cómo y para qué la teología?

Para no cansarlos con citas, quiero recordarles que este es un tema vivo en el interés de nuestras universidades y que es, por ello mismo, muy difícil mantener actualizada una bibliografía sobre el particular. La Constitución Apostólica *‘Ex corde Ecclesiae’* (1990) constituye un documento fundamental para el análisis de nuestro tema. Sin embargo, en esta ocasión, no me referiré a él directamente. Más bien aprovecharé la oportunidad para elaborar los planteamientos desde el seno mismo de la institución universitaria.

Por sus contribuciones para la elaboración de este texto quiero agradecer y mencionar explícitamente la riquísima publicación, editada por Theodore M. Hesburgh, ex Rector de Notre Dame, con el título *“The Challenge and Promise of a Catholic University”* (1994), y el esfuerzo recogido allí de muchos académicos para entender el papel, la esencia y el desarrollo de una universidad católica y de la teología en ella. Igualmente, la publicación de la revista *“Conversations”*, de los jesuitas universitarios estadounidenses, y en ella el número 5 (1994) dedicado a “La teología y la misión de las universidades jesuíticas”. En esta edición aparece un artículo del Padre John C. Haughey, S.J. profesor de teología en Loyola, Chicago, que aboca directamente para universidades de la Compañía en los Estados Unidos el problema que nos ocupa. Finalmente, debo hacer referencia también a muchos de los escritos, conferencias y charlas de los Padres Alfonso Borrero, S.J. ex Rector de la Universidad Javeriana, y Alberto Parra, S.J. profesor de teología en la misma, de cuyas ideas me he valido descaradamente con su aprobación y ayuda. Y no puedo dejar de citar el artículo del profesor Gerardo Remolina, S.J. “Problemática de la evangelización de la cultura hoy” (1985), que ilustra bien la función “significante” de la fe en los procesos de cambio cultural.

---

Pues bien, además de la ubicación histórica del tema, según lo expuesto en los apartes anteriores, si queremos hablar de teología, necesariamente tenemos que partir de una reflexión, así sea breve, del contexto en el cual ella es posible, es decir, del fenómeno religioso.

### 3. El fenómeno religioso como contexto

Lo primero es una afirmación: *el control lógico del fenómeno religioso es una nota característica de toda teología*. Es indudable que el fenómeno religioso, antes como ahora, se caracteriza por el entusiasmo, el fervor, la mística, lo carismático, lo emocional. En nuestros días ese fenómeno vuelve a tomar cuerpo y vigencia en la explosión de grupos, movimientos, carismatismos, pentecostalismos, reencarnaciones, nueva era y tantas otras expresiones que coinciden en su abigarrada variedad en un punto: lo emocional, casi lo irracional.

Esos fenómenos religiosos son producto de la presencia del Espíritu en la historia y por ello, antes que condenarlos, debemos valorarlos como una expresión de inconformidad de nuestros pueblos dominados por el consumismo, la ley liberal del mercado, por el tecnicismo y el *confort* inmediato, y reconocer que, en muchas ocasiones, en esos fenómenos se esconde una búsqueda de la sociedad por algo que ella presente, pero no encuentra en las ofertas culturales a su alcance.

Sin embargo, es indudable el peligro constante que lo religioso degenera en una pseudo-ciencia, que construya un ámbito irreal, que escape del control humano y que elabore su propia lógica, que ahogue la racionalidad y la responsabilidad histórica. Ejemplos existen en nuestra historia reciente de ese fervor religioso que conduce a la exacerbación descontrolada del entusiasmo, aun pasando por alto el instinto vital, y que llega en su ceguera hasta los holocaustos colectivos en Suiza, en los Estados Unidos, en Guyana o en Brasil.

Este fenómeno religioso, que va hasta el absurdo en sus casos extremos, es, sin embargo, cotidiano en la sociedad donde están ubicadas nuestras universidades. Las denominadas “iglesias electrónicas” venden cada día y por todas las frecuencias de la radio y de la televisión una “salvación” demasiado barata: se trata de creer con una fe psicológica; de abrir el corazón a un intimismo voluntarista; de recibir a Dios en el interior y de generar una fe fiducial en la propia salvación. No se requiere de compromisos históricos, ni de responsabilidades sociales, ni de transformaciones

---

comunitarias, ni de racionalidad de aquello que se cree y que se espera. A veces se tiene la impresión de que “*credo quia absurdum*” (creo porque es incomprendible): es, pues, una fe que casi consiste en el sacrificio de la racionalidad.

¿Serán estos fenómenos la versión moderna y popular de la “*sola fides, sola Scriptura, solus Christus, sola Gratia, solus affectus*”? Ellos expresan, sí, un aspecto importante de la vida cristiana, pero relegan al olvido otros tan importantes o más, en la dimensión total.

En este contexto, que es también nuestro, la Iglesia Católica ha procurado ser menos disyuntiva y contrastante, y más conjuntiva y englobante: fe, ilustrada por la razón; Escritura, leída razonablemente mediada por las ciencias sociales; Cristo e Iglesia; Gracia y obras históricas de responsabilidad y compromiso.

Este contexto general de nuestra sociedad nos da pie para comprender el papel de esa ciencia que conocemos como teología y que queremos saber cómo se ubica en nuestras universidades.

Por lo tanto, dentro de esta perspectiva, *la teología tiene que definirse desde el control razonable de lo religioso*. Ya desde los tiempos de los filósofos griegos la *teo-logía* se originó como la necesidad de controlar con la razón el “*enthousiasmos*” religioso y de darle racionalidad por mediación del “*logos*” y del “*logitzo*”. Y un camino similar se insinúa ya en los primeros siglos para el cristianismo, al que se le demanda “estar dispuesto a responder a todo el que pida razón de nuestra esperanza”, como dice la carta de San Pedro (1Pe. 3,15-16) y al que se le señala que el “obsequio de la fe debe ser razonable”. De ahí que, como lo expresaba el Concilio Vaticano II:

“... la Iglesia desde el comienzo de su historia, aprendió a expresar el mensaje cristiano con los conceptos y en la lengua de cada pueblo, y procuró ilustrarlo además con el saber filosófico. Procedió así a fin de adaptar el Evangelio al nivel del saber popular y a las exigencias de los sabios, en cuanto era posible. Esa adaptación de la predicación de la palabra revelada debe mantenerse como ley de toda la evangelización. Porque así en todos los pueblos se hace posible expresar el mensaje cristiano de modo apropiado a cada uno de ellos y, al mismo tiempo, se fomenta un vivo intercambio entre la Iglesia y las diversas culturas” (Gaudium et Spes 44).

Por eso en la Iglesia no se ha dudado en hacer posible el encuentro y la correlación (no siempre exenta de confusión) entre Evangelio y filosofías del uno y del

---

múltiple, como lo hicieron los padres neoplatónicos; entre Evangelio y filosofías del Ser, como lo hicieron los medioevales con Santo Tomás a la cabeza; con las filosofías del Idealismo trascendental o del Existencialismo categorial, como lo hicieron y lo hacen las grandes corrientes modernas progresistas; con las Metacríticas y con las filosofías de la Praxis, como lo hicieron y lo hacen las corrientes teológicas más cercanas a nosotros, especialmente, la teología de la liberación.

Con esa indispensable correlación entre Evangelio y racionabilidad, Evangelio y saber popular, Evangelio y exigencias de los sabios, Evangelio e intercambio cultural, Evangelio y filosofías, Evangelio y ciencias, estamos en el corazón del asunto, que se nos ha propuesto para esta comunicación acerca de la universidad y de la teología, o mejor, de la teología en la universidad.

Es ahora, pues, cuando podemos preguntarnos en qué consiste y en qué no la presencia de la teología en la universidad, cuál es su lugar en ella y el cómo del trabajo teológico. Más aún, qué aporta y a qué se renuncia si de ella se prescinde, una Facultad de Teología a este tipo de universidades como son las nuestras.

## **II. APUNTES PARA BUSCAR UNA RESPUESTA**

Planteadas así la cuestión, quiero invitarlos a proceder en tres pequeñas apartados, buscando un camino de respuesta, no sin antes advertir que éste es uno de esos temas universitarios que siempre deben estar en debate, en búsqueda, ya que se trata de algo esencial para la justificación de este tipo de universidades.

### **Primero: La relación actual de la teología con la universidad es algo más que una “confesionalidad” institucional**

A veces siento un poco de temor de que en nuestras instituciones puede estar sucediendo que la “inspiración católica”, la “presencia del Evangelio” se resuelva en una presencia pastoral, que debemos, sin duda alguna, juzgar imprescindible, pero que, a mi juicio, es insuficiente, si nuestras universidades quieren conservar su idiosincrasia.

El espacio “pastoral” universitario es necesario, simplemente porque a nuestras universidades acude una importante población universitaria católica que, como las de otras confesiones, tiene derecho a ser atendida y promovida espiritualmente. De ahí que juzguemos necesario que la universidad cree posibilidades reales para que

---

profesores, empleados y alumnos puedan vivir, si así lo quieren, la experiencia de Dios. En este sentido son esenciales los espacios para el diálogo espiritual con un asesor; espacios de reflexión en unos retiros, en unas conferencias; espacios para la celebración de la fe común en la liturgia y en la práctica de los sacramentos; incluso, espacios de formación en una propedeútica de la fe, y espacios de fundamentación ética de las profesiones y oficios.

Sin embargo, eso, que es necesario, podrían realizarlo instancias que no fueran ni universitarias ni académicas ni educativas. Más aún, esas actividades pastorales realizadas en la universidad, muchas veces resultan periféricas y externas a aquello que propiamente especifica a la universidad: lo académico; en otras palabras, las áreas de conocimiento, los currículos, las asignaturas y las materias, las profesiones y los oficios. Con lo cual queremos decir que lo sustantivo de la relación Evangelio-Ciencia, Evangelio-Cultura, Evangelio-Razón, debe suceder en aquello que es específico y que es propio y característico de la "*Universitas Scientiarum*": en la ciencia misma, en la teleología de la ciencia, en la finalidad de la Academia, en la organización de las Facultades, áreas, currículos, asignaturas y materias. Si allí no inciden los valores determinantes del Evangelio, la inspiración cristiana de la institución universitaria no se logra o resulta periférica. La historia está llena de ejemplos de este tipo de universidades, que arriesgan de esta forma su identidad y pueden terminar por perderla. En el caso de mi universidad, con frecuencia, las asignaturas correspondientes a las ciencias religiosas son llamadas por los estudiantes: «clases de costura».

Espero que quede claro: este trabajo pastoral, esta oferta de posibilidades de formación, de crecimiento, de profundización de la fe, de consultorías con contenido religioso, son muy buenas y necesarias, muy características de nuestras instituciones. Pero no agotan, ni dan por sí solas el aporte propio de la teología a la universidad. Tratemos de ir un poco más allá.

## **Segundo: Las ciencias son el lugar de la teología**

A los metodólogos de la teología es a quienes corresponde explicar por qué y cómo la teología contemporánea se ha ido divorciando del exclusivismo dialogal que mantuvo por centurias con la filosofía y con las filosofías. Seguramente los metodólogos de la teología dirán que hoy la filosofía ya no representa el único lugar de intercambio que sea inspirador y pertinente para la teología. Puede ser que la

---

filosofía ya no ofrezca toda la visión y la única posible acerca del hombre, de la sociedad, de la realidad y de la responsabilidad sobre lo que hay que hacer o lo que hay que construir y poner en el complejo mundo de la existencia. Quizás eso explique la mutación que ha hecho la teología desde las solas y únicas mediaciones filosóficas a las mediaciones que le ofrecen las ciencias de la naturaleza, las ciencias humanísticas y las ciencias sociales y políticas.

Solamente con una mediación amplia de las ciencias en su diversidad y en su conjunto, puede la teología asegurarse de leer convenientemente la realidad que quiere ayudar a transformar y a construir desde la especificidad del plan o proyecto de salvación que promete la fe cristiana.

Desde este punto de vista, la teología tiene un puesto propio en la universidad de las ciencias. Y de la universidad de las ciencias recibe los insumos para poder ser relevante, significativa y eficaz. Una teología anclada en la autoconciencia del hombre del pasado o en la única autoconciencia que se expresa por las filosofías, es posible que sea una teología no suficientemente proclamable en el complejo mundo de la modernidad y de la postmodernidad. A pesar de haber transcurrido más de un siglo y aunque los argumentos hoy sean muy distintos, la tesis que en 1852 defendió magistralmente el cardenal Newman, célebre rector de la Universidad Católica de Dublín en Irlanda, sigue teniendo valor: *“La omisión de la teología en la lista de ciencias reconocidas no es solamente insostenible en sí, sino perjudicial a las propias ciencias”* (La idea de universidad, Conferencia I).

Pero lo que corresponde, no a un metodólogo de la teología, sino a todo directivo de una universidad como las nuestras es explicarse y explicar por qué y cómo debe estar la teología en el diseño de las ciencias y en la organización de las áreas del saber, de los currículos profesionales y de las asignaturas y materias escolares, sin violar por ello la autonomía de ellas y su completa libertad científica. Entonces se comenzaría por decir que, en cuanto universidad de inspiración cristiana, la universidad conjuga la pasión por la ciencia con la pasión por un diseño de hombre, de sociedad, de desarrollo y de política que no estén en contravía con los diseños que inspira el Evangelio.

De ahí que el diseño de este tipo de universidad deba garantizar un perfil del profesional, un perfil de los educadores universitarios, un perfil de las ciencias y de las Facultades que garanticen una incidencia real en la construcción de un hombre-una mujer, de una sociedad y de unos desarrollos económicos y políticos, de los que

---

no pueda avergonzarse ni todo el esfuerzo investigativo y formativo que despliega una universidad de la ciencias que quiera ser tal, ni el Evangelio. Además de ésta como “filosofía primera”, que inspira a toda universidad de inspiración cristiana, un directivo de universidad debe estar en condiciones de explicar el intercambio entitativo y teleológico que sucede o debe suceder entre el proyecto del Evangelio y el proyecto propio de las ciencias.

Porque una universidad de inspiración cristiana no tiene que “bautizar” las ciencias ni procurar filosofías católicas, ni física católica, ni ciencias sociales católicas. Pero si es de inspiración cristiana, sí tiene que posibilitar los puntos de contacto de *dialogicidad* y de *dialecticidad* entre lo entitativo (el ser de las ciencias) y lo teleológico (la finalidad de éstas) por una parte, y el propósito o proyecto cristiano, por la otra.

Queremos significar con esto que en nuestras universidades las *ciencias de la naturaleza* y sus áreas propias de física, química y biología y sus currículos propios de matemáticas, ingenierías, arquitecturas, medicinas y similares deben encontrar correlación entitativa y finalística con el proyecto y propósito salvador de la fe cristiana, que ha sido encomendado a las manos responsables y libres de esos hombres y mujeres que, desde sus profesiones y oficios, hacen esas ciencias y cumplen así el mandato de someter la tierra, adaptarla, hacer de ella casa para el hombre, grata, amena, compartida y repartida. El plan de conocimiento, profundización y adaptación de la naturaleza, que cumplen las ciencias naturales no es en su entidad ni en su finalidad algo que pueda ser ajeno o paralelo o simplemente tangencial al proyecto histórico de la humanidad, y por eso no puede ser ajeno a nuestra concepción del hombre, de su destino y de sus relaciones con el mundo, la historia y su futuro.

Formar desde esa incidencia y coincidencia de planos a los ingenieros, químicos, matemáticos, físicos y médicos es hacer incidir y coincidir el Evangelio en la epistemología y en la teleología de las ciencias, de las profesiones y de los oficios. Y es asegurar que los profesionales resulten creyentes y practicantes, no por acciones externas a sus profesiones y oficios, sino por la propia visión y actuación de su vocación humana, cristiana y profesional. Si no es este el tipo de científico y de profesional que nuestras universidades forman, entonces su misión de universidad católica o de inspiración cristiana ni se legitima ni se explica.

En forma análoga debemos propiciar, desde nuestra propia identidad, la relación del Evangelio y de la teología con las *ciencias humanísticas*. Establecer

---

permanentemente la incidencia entitativa y la coincidencia finalística del arte y de la estética, del símbolo en sus diversas manifestaciones filosóficas, literarias, plásticas, musicales, religiosas, arquitectónicas y desde ahí inspirar Facultades y Carreras tales como la Filosofía, la Teología, la Literatura, la Facultad de Artes y sus currículos propios, es servir al proyecto y propósito de hombre en una antropología social, relacional, “a imagen y semejanza de Dios”, expresada entonces en el símbolo y en los símbolos que el ser humano ha creado para expresarse desde las cavernas hasta la cibernética. Formar en esa relación de las ciencias humanas con el proyecto de salvación es asegurar que el hombre y la mujer de nuestros pueblos van a generar cultura, crecimiento humano, arte y estética, sin consentir que las solas y únicas propuestas de la técnica o del mercado y de su implacable lógica nos impongan un tipo robotizado de hombre o mujer.

Y la misma *dialogicidad* entitativa y terminativa es la que debe mantener la universidad católica entre los valores del Evangelio y las *ciencias sociales y políticas*: en la sociedad no rige propiamente el ideal teórico de la armonía, sino precisamente la real y muchas veces brutal práctica del conflicto y de la violencia económica o política o cultural. La ciencias sociales desde sus currículos de Política, Economía, Sociología, Derecho y de todas las demás profesiones deben encontrar también su inspiración en el proyecto de sociedad del cristianismo: una comunidad de hermanos en la igualdad fundamental, en la diversidad funcional y en el respeto y tolerancia de esas diversidades de índole cultural, política e ideológica que no deben ser avasalladas, negadas ni manipuladas. En este contexto no puedo dejar de compartir con ustedes una frase del Padre Hesburgh, en la que resume toda la riqueza de su experiencia después de largos años de rectorado:

“La teología dentro de una universidad católica debe ocupar el lugar más destacado en la investigación intelectual, en tal manera que se constituya en una forma de diálogo vivencial con todas las demás disciplinas universitarias. Tanto la filosofía como la teología se ocupan de los asuntos más trascendentales; ambas se relacionan en forma única con la naturaleza y el destino humanos. Cualquier cuestionamiento intelectual, si se lleva suficientemente hacia adelante, conduce sin remedio a problemas filosóficos y teológicos de significación y pertinencia”.

Nuestras universidades preparan, por eso, agentes del cambio social, de la transformación económica, del imperio del derecho para hacer frente a la explotación del uno por el otro, a la anarquía institucional, a la ausencia de estructuras de convivencia que puedan garantizar de modo sostenible los bienes mesiánicos de la justicia y de la paz. Los abogados, legisladores, economistas y sociólogos formados

---

en nuestras universidades deben officiar como sacerdotes en el altar de sus profesiones y oficios para transustanciar permanentemente nuestras frustrantes realidades en un cuerpo fraterno, participativo e igualitario.

### **Tercero: Su interacción con la fe y con las demás ciencias, da razón y legitimidad a la existencia de la teología en la universidad**

Los dos aspectos anteriormente considerados (como espacio pastoral y como labor entitativa y teleológica entre las ciencias) son los que pueden dar razón y legitimidad a la existencia de la Teología en el contexto y tarea de toda universidad que se considere católica o por lo menos de inspiración cristiana.

Por una parte, la Facultad de Teología, por la mediación que le prestan las ciencias, es la que puede hacer constantemente *sensato*, racional el discurso y la práctica de la fe. El Evangelio proclamado por la Iglesia debe reencontrar continuamente mediaciones de las ciencias naturales, humanísticas y sociales que permitan el puente entre fe y cultura, fe y ciencia, fe y razón, fe y justicia, fe y lenguaje antropológico y social de nuestros pueblos. Sin esa permanente relación, la misma fe corre el peligro de convertirse en pura religión, en rito escueto, acaso en superestructura ideológica que planea sobre la realidad sin tocarla.

Por otra parte, la Facultad de Teología en la universidad es la permanente animadora del *diálogo* que hemos entendido como entitativo y finalístico entre el propósito o plan de la salvación y la entidad y finalidad propia de las ciencias, de los científicos, de los profesionales, de los hombres y mujeres que por medio de su labor y de su acción son como la permanente exégesis viva y la actuación constante del proyecto de Dios sobre el mundo, sobre el hombre y sobre la sociedad. Sólo así, en una interrelación académica, curricular y profesional podemos entrever el final de la actual disgregación entre fe y vida, entre fe y profesión, entre fe y cultura, entre fe y los intereses del mundo de la vida. Entre «cientismo» hinchado y teologismo engreído, que creen poseer y manejar a su antojo la verdad total, el plan total, el mundo total.

Tal vez por la usual manía teológica de defenderse de la ciencia y por la inveterada costumbre de la ciencia de despreciar la teología, la postmodernidad en la que entramos debería ser la era de los consensos entre los diferentes relatos, al servicio de lo que entre todos debemos poner para lograr ese ideal de sociedad que se llama el mundo de la vida.

---

Dicho lo anterior, nos queda todavía por esclarecer un aspecto determinante, pues se refiere a la viabilidad de lo anteriormente expuesto. Creo que puedo enunciarlo simplemente en una pregunta: ¿en la vida cotidiana de nuestras universidades cumplen realmente nuestra facultades un papel semejante al descrito? o, si queremos sortear la dificultad de la respuesta, ¿cuáles serían las condiciones de posibilidad para que una Facultad de Teología -o un Departamento- pudiera ejercer este servicio en el cuerpo de la *Universitas magistrorum ac studentium*?

### III. SIETE CARACTERÍSTICAS PARA UNA FACULTAD DE TEOLOGÍA

En forma casi telegráfica e inspirándome en la reflexión del Padre Haughey, a la que hice alusión más arriba, creo que ese papel solamente es posible, si se dan acumulativamente siete notas integrantes de la Facultad: ella debe ser científicamente eclesial, crítica, interdisciplinaria, pluralista, centrada en el servicio real y comprometido a nuestro pueblo, autónoma y constructiva. Si todas estas notas se dan simultáneamente, la Facultad -o el Departamento- podrá realmente hacer teología en el hoy de la ciencia y la tecnología, en el ciberespacio y en la postmodernidad, y la universidad tendrá su nota característica como universidad y como de inspiración cristiana. Por eso me parece importante referirme, así sea brevemente, a esas notas indispensables.

Lo *primero* parece claro: si se quiere ser facultad universitaria de teología católica es indispensable ser facultad y ser católica, eclesial. Esto conlleva el que los profesores sean científicamente fundados en la ciencia teológica y que asuman una clara función eclesial, sin la cual es imposible hacer teología católica: “*Sin fe no hay teología. Sin sentido eclesial no hay fe, al menos no fe católica*”. Y estas notas se refieren no solamente al origen del objeto de la teología, sino a su acaecer continuo en el trabajo universitario. El teólogo debe ser visto por sus colegas como un verdadero académico, que conoce y respeta las demás ciencias, y como un fiel perito de la fe de la Iglesia, no solamente de sus ideas particulares o veleidades subjetivas.

Esto no obstante, es indispensable que los teólogos se perciban a sí mismos y sean vistos por los demás como personas libres, maduras, profesionalmente intelectuales, que tratan críticamente las manifestaciones de la fe católica y sus institucionalizaciones, aunque no necesariamente con hostilidad ni con agnosticismo. En realidad, es este espíritu riguroso y crítico -y esta es la *segunda* característica- su gran aporte a la Iglesia y a la universidad. Por eso hablan y escriben en su propio

---

nombre y a riesgo propio, y no en representación o en nombre de la Iglesia ni de la universidad; por eso pueden y deben ser libres para pensar, criticar y proponer con la osadía y con la humildad de un ambiente universitario, donde no es el argumento de autoridad, sino la fuerza del saber lo que decide la razón. Esta reflexión crítica ilumina y purifica la fe de sus adherencias de credulidades, de sentimentalismos y de degeneraciones, y hace aparecer en su desnudez la realidad evangélica en su verdadero valor trascendente e immanente.

La *tercera* nota esencial de una Facultad de Teología es su visceral exigencia de ser interdisciplinaria, precisamente porque su contenido esencial, la fe, sólo le es asequible por la mediación de otras ciencias: Lingüística, Historia, Antropología, etc; pero también, porque su quehacer es precisamente la confrontación de la fe con el conocimiento, con todo conocimiento y en primer lugar con el conocimiento científico de las otras ciencias. Por eso la teología es diálogo, conversación, intercambio, confrontación; es en ese intercambio con todas y con cada una de las ciencias, en el que ella se hace a sí misma y aporta a las demás lo que su fundamento de fe trae de nuevo al conocimiento del hombre, de su mundo y del futuro de su historia.

Lo anterior hace ver la siguiente nota -la *cuarta*- como absolutamente necesaria: la teología debe ser pluralista, capaz de soportar y sobrellevar diferencias culturales e idiosincrasias de las ciencias, de las diferentes filosofías y experiencias vitales. La teología no puede seguir siendo un sistema de transculturación europea o italiana, sino una verdadera inculturación en el conocimiento de cada pueblo y de cada saber humano. Por eso no podemos confundir el pluralismo con la indiferencia, con la confusión, con la falta de competencia o de convicción; el pluralismo es respeto al conocimiento del otro y fe en la capacidad de comunión en la alteridad mediante el diálogo. No es irenismo, sino aceptación de la unidad en la diversidad.

La siguiente característica -la *quinta*- fue magistralmente expresada por Pedro Arrupe: formar hombres y mujeres para los demás.

“... que no vivan para sí, ... que no conciban el amor a Dios sin el amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia. Este amor es además la única garantía de que nuestro amor a Dios -yo añadiría, nuestra fe- no es una farsa e incluso un ropaje farisaico que oculte nuestro egoísmo” (X Congreso Internacional de Antiguos Alumnos de la Compañía en Europa, Valencia, España, 31 de julio de 1973).

---

Pero si queremos que esta frase tan repetida por nuestras instituciones, sea algo más que un ideal abstracto o una veleidad deletérea, es necesario llevarla a consecuencias reales en nuestras maneras de pensar y de actuar. El énfasis de la teología de la liberación sobre la praxis y su determinante sobre el conocimiento, debe llevar a los teólogos a repensar radicalmente el desde dónde y para quiénes hacen teología. Y esto conlleva el contacto real y la confrontación sostenida y compartida con la pobreza, la injusticia, la violencia, la abolición del sentido, es decir, la realidad real de nuestro pueblo. Como nos hemos esforzado durante siglos por la ortodoxia al hacer teología, en la universidad latinoamericana tendremos que, sin abandonar aquellos esfuerzos, extremarlos en la ortopraxis, si no queremos a la postre, terminar siendo los ideólogos de una élite derechista y opresora de los demás. Nunca podremos ser lo suficientemente audaces para impedir que la sangre derramada por la salvación de todos, según la frase de Jesús, se nos convierta en la salvación de unos pocos, que dominen sobre los demás. Por ello, hacer teología en nuestra América Latina no es posible, sino siguiendo las huellas ensangrentadas de nuestros hermanos centroamericanos de la UCA, manteniendo eso sí la referencia a la identidad y la peculiaridad de cada pueblo. Al respecto, debemos recordar lo dispuesto por la Congregación General 34 (1995) de la Compañía de Jesús en el decreto sobre universidades:

“La universidad puede y debe descubrir en sus propias formas institucionales y en sus auténticos fines, un campo de lucha en el que se logre el encuentro con esa fe que obra la justicia ... la mayoría de las universidades de la Compañía se deben prodigar aún más en encarnar esta misión de servicio a la fe y su concomitante promoción de la justicia”.

La *sexta* condición fue magníficamente expresada por Su Santidad Juan Pablo II al principio de su Pontificado en una alocución a teólogos alemanes (1980):

“la Iglesia desea una teología autónoma, que se diferencia del magisterio de la Iglesia, pero que es consciente de que ella misma está unida en un servicio común a la verdad de la fe”.

Esa autonomía deseada por el Papa no es fácil de mantener ni de defender aun contra acciones de dicasterios jerárquicos. Y sin embargo, es esencial en una facultad universitaria de teología. La manera de hacerlo no es el escándalo y la protesta, sino precisamente la implicación seria y constante en la humildad de la comprobación de hipótesis, teorías y explicaciones. En esto la autonomía de la Facultad de Teología y la libertad de investigación deben ser defendidas con el mismo auge con

---

que las defendemos en el resto de la universidad. La Congregación General 34 (1995) plantea que el sustantivo universidad

“da garantías al compromiso con aquella autonomía fundamental, integridad y sinceridad ... de una universidad, precisamente en tanto que universidad”.

Por ello la *séptima* y última característica de la teología consiste en procurar siempre ser constructiva. Si la teología es la fe que busca conocimiento y comprensión, y el conocimiento siempre está cambiando, la teología siempre debe estar en movimiento, en búsqueda, en adaptación, en intento de nuevas síntesis que logren captar mejor la realidad.

## EPÍLOGO

Dicho todo lo anterior, debo concluir mi intervención. Queridos colegas universitarios: si logramos constituir cuerpos de profesores y estudiantes de teología con esta conciencia de su quehacer y de la trascendencia de su misión, nuestras instituciones pueden realizarse a cabalidad como verdaderas universidades que ayudan a nuestros pueblos a encontrar y hacer la verdad en el amor. Esa verdad que nos hará a todos, como hijos de Dios, realmente libres, según el lema de su Universidad.